

Pablo Loperena

Ciudad nómada, rebaño miseria

Prólogo de
Mariano Villarreal



Ciudad nómada, rebaño miseria

Primera edición: marzo de 2020

© Pablo Loperena, 2020

© del prólogo, Mariano Villarreal, 2020

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2020

Ilustración de cubierta: © Tithi Luadthong, 2020

Fotografía del autor: © Julio César López Aranzabe, 2020

Corrección y maquetación: Insólita Editorial

Revisión de galeradas: Antonio Torrubia

Publicado por Insólita Editorial S.L.

www.insolitaeditorial.com

IBIC: FL

ISBN: 978-84-121043-4-9

Depósito legal: B. 3139-2020

Impreso por Kadmos

Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

Para Naheya.

Prólogo

Desde hace algunos años tengo el honor de ser uno de los jurados del Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción que convoca la Facultad de Ciencia y Tecnología de la Universidad del País Vasco, el único miembro no académico del más longevo galardón de género en activo. Cuando en la edición de 2016 tuve oportunidad de leer el relato largo homónimo, hoy integrado como primera parte de esta novela, quedé absolutamente fascinado, en particular por lo que los anglosajones denominan *worldbuilding* y que nosotros podríamos traducir como la construcción del universo de ficción en donde tiene lugar la trama. Un mundo complejo, rico y exótico, a la vez que terriblemente original, misterioso e interesante, y créanme que todas estas características no suelen venir siempre de la mano.

En mi opinión, aquel audaz y extraordinario relato estaba a la altura de los mejores cuentos que habían ganado el Certamen a lo largo de toda su historia. Me estoy refiriendo a obras como «La pared de hielo» y «El hombre dormido» de César Mallorquí, «El bosque de hielo» de Juan Miguel Aguilera, o «Lilith, el juicio de la Gorgona y la sonrisa de Salgari» y «Mala racha» de José Antonio Cotrina; es decir, auténticos clásicos modernos de la narrativa española de ciencia ficción.

Por supuesto, aquella historia no tuvo problemas para alzarse con el primer premio del Certamen y, una vez abierta la plica, el autor resultó ser el navarro Pablo Loperena. Una auténtica sorpresa por cuanto se trataba de un escritor de escaso currículum pero que demostraba una gran solidez narrativa.

Por aquel entonces yo solía publicar un libro de relatos anual con una selección de material extranjero y los mejores cuentos llegados a mi buzón de correo durante ese periodo y, como antólogo, tenía claro que no podía dejar escapar aquella magnífica historia, así que hablé con el autor y solicité igualmente permiso a la Universidad para incluirla dentro de mi siguiente volumen que, a la postre, se tituló: *Ciudad Nómada y otros relatos*. Así pude conocer de primera mano que esa historia no era más que el prólogo de una novela que Loperena estaba escribiendo sobre un sugerente Mundo Rodante y naturalmente le pedí que me la enviara una vez estuviera terminada. Lo hizo y quedé nuevamente fascinado, por lo que se la remití al editor de Insólita confiando en su buen criterio. Cuando le tocó el turno de lectura, estuvo de acuerdo conmigo en que era una obra excepcional que merecía ser publicada. Y aquí está ahora, al fin, editada.

Llegados a este punto, no puedo demorar más adentrarme de lleno en la singular trama. Un relato ambientado en un atractivo escenario post catástrofe en donde los privilegiados moradores de las ciudades nómadas mantienen una especie de simbiosis con los desahuciados rebaños miseria que las acompañan y que intentan subsistir canibalizando en lo posible sus deshechos.

Imaginen una ciclópea ciudad compuesta por altas torres de plástigeno pulido, hermosos jardines colgantes, terrarios para mascotas exóticas, repleta de ascensores y cintas transportadoras, acompañada siempre por el bullicio del tráfico aéreo de aerodeslizadores personales. Imaginen su lento pero perpetuo movimiento gracias al impulso de titánicas ruedas de oruga, el fragor mecánico de las gigantescas válvulas y pistones, la asfixiante atmósfera de biocarburo y aceite quemado que deja a su paso. Imaginen que esta ciudad trashumante, a medida que se desplaza, recolecta, manufactura y siembra cosechas en un Gran Ciclo eterno. E imaginen, también, que además de ciudades cosechadora existen ciudades mina, ciudades pesqueras y un largo etcétera.

Pero ¿cómo ha sido posible todo esto? Ah, todo a su debido tiempo. Baste decir que, tras un convulso periodo de guerras, la paz vino de la mano de la Reparcelación; es decir, la domesticación del planeta basada en un clima regulado, deforestación completa para implantar una agricultura extensiva y cultivos genéticamente modificados para constituir la materia prima no solo de alimentos sino de cualquier producto procesado. Un medioambiente ordenado, eficiente, aséptico. Naturalmente, estas sociedades rodantes aisladas y autosuficientes se encuentran lejos de la perfección y Loperena se encarga de mostrárnoslo de forma satisfactoria y convincente.

Afortunadamente, el autor navarro elige con preferencia el punto de vista del rebaño miseria, el de los parias que originan un extraño colectivo sujeto a complejas relaciones tribales, lo que supone a mi juicio todo un acierto. Nos encontramos ante una sociedad enormemente vital y, en apariencia, anárquica, pero con poderosas normas internas que la han hecho funcionar durante incontables ciclos. Una sociedad utilitarista donde nada se desperdicia, todo se recicla una y mil veces, y la inmovilidad equivale a la muerte, formada por innumerables hileras de carromatos tirados por enormes bestias de carga y puesto-móviles a motor, con tecnomantes y traperos que conforman un colorista mercado ambulante atiborrado de biochatarra, tramoya basura, cestos con comida, ropa y artesanía, o drogas como el moho de rueda, el opio tripartito, la resina de somango+, el crack y las tabletas de sintex-O.

En este particular microcosmos habitan tribus tan pintorescas como los Nactop'medina, los Pastores de Ciudades, que con sus burkas negros y grandes cayados marcan el paso de la comitiva; los Che'guevarristas, quienes poseen una religión castrense que augura la caída de las ciudades nómadas y su conquista por parte de los rebaños; el Santo Tripartito, que creen en la trinidad Jesumahoma, Shiva y Bob Marley, y son los mejores en la cría de macetarios —plantas y jaulas de animales—; los domadores de bestias Bêtemaster, que caminan siempre con

su gavara de sumisión chisporroteando electricidad; los sicarios doMotorCabeza, que gustan entrechocar sus motolanzas en señal de desafío; o los médico-brujos Chombo Mchuuzi, traficantes de órganos que realizan siniestras ceremonias quirúrgicas y se pasean con sus cuerpos desnudos pintados de blanco y adornados con plumas, pieles, circuitos y placas madre. Todos ellos acuden con frecuencia a la colmena del placer y el dolor, donde clientes y pécoras se entregan a sus vicios y negocios, salvo los parias sin tribu ni valor que pelean por las sobras.

Como es lógico, este rebaño miseria está plagado de enfermedades y cicatrices por los duros avatares de sus vidas, dominadas por brutales costumbres que llegan al paroxismo durante el llamado Festival del Acoplamiento, cuando dos ciudades se encuentran y ensamblan sus estructuras durante un breve periodo, un tiempo en el que sus habitantes intercambian productos, noticias, negocios y caudal genético.

Pero ya es hora de que hablemos de Salvaje. Nuestra protagonista es una muchacha ágil, valiente y de fuerte carácter, características necesarias, aunque no siempre suficientes, para sobrevivir en el rebaño. Tras la muerte de su madre y siendo apenas una niña a la que le llega su primera sangre, debe cuidar de su hermano pequeño Misho y de su abuelo imposibilitado. Al no pertenecer a ninguna tribu, sobrevive perpetrando pequeños robos o peleando por las sobras de la beneficencia, hasta que cierto día sufre una experiencia traumática y comienza a trabajar como aprendiz de Diantre, un gordo tecnomago que le enseña a leer y otros secretos arcanos de su profesión mientras se hace lo suficientemente adulta como para culminar su venganza.

Como podemos apreciar, un arranque crudo e intenso que nos mete de lleno en la historia que conquistó al jurado del Alberto Magno. En ella, el lenguaje es uno de sus grandes atractivos, con descripciones precisas, cuidadas metáforas, algunos estimables pasajes poéticos y, sobre todo, sorprendentes e imaginativos neologismos.

Una prosa fluida y absorbente, personajes interesantes, un inteligente uso de la elipsis y de la forma indirecta de presentar el mundo, un rastro de ironía y fino humor, así como numerosos detalles de ambientación —un calendario regido por los cultivos, referencias que revelan la practicidad de sus gentes, como cuando Salvaje comenta tras el fallecimiento de su madre que «ahora solo es abono»— son otros apreciables recursos de estilo que hacen de esta obra una de las novedades más destacadas del año.

Adéntrense sin mayor dilación en el hedor a aceite de motor que impregnan estas páginas. El rebaño miseria les está esperando.

Mariano Villarreal

The 'Very Large Structure' is a territorial manager, a synergistic city within its environment. It is not a machine that uses the local resources until it finishes them and then leaves to the next one, it is in fact the other way round, since its aim is to restore the territory.

MANUEL DOMÍNGUEZ (ARQUITECTO PROYECTISTA),
Dezeen Magazine

*Guiamos a las ciudades a través del verde maizal,
del sorgo, el girasol, la espiga y la viña,
día y noche por las sendas de nuestros padres,
ciclo eterno, movimiento que no cesa.*

Mantra noctámbulo de los gerifaltes Nactop'medina,
Pastores de Ciudades

Manual I
Tierra hidropónica

Día 47 del ciclo del trival

—Despierta, enano, ¡despierta!

Misho sintió golpes en las piernas y se agarró a la luz para escapar del letargo. Se incorporó y Salvaje dejó de darle patadas. El pequeño se restregó los ojos para limpiarlos de esa arena invisible que dejan los sueños.

—Estaba soñando algo muy feo —dijo.

—Dale de desayunar al abuelo antes de que lleguen los espantapájaros —ordenó Salvaje mientras desaparecía entre las espigas cobrizas.

Misho fue hasta la carretilla del abuelo, le limpió la baba con la manga, abrió su boca y cascó dentro el último huevo que les quedaba. Echó la harina en el agua, la revolvió e hizo que se la tragara. Le limpió la cara y fue a la zanja que la ciudad dejaba tras de sí para hacer de vientre.

En cuclillas, observó las altas torres resplandecientes que se alejaban lentamente de ellos y el rebaño miseria que las acompañaba en su viaje sin final. El cielo estaba de un azul brillante, limpio a excepción de unas pocas nubes blancas. Contó con los dedos como mamá le había enseñado antes de ponerse enferma y convertirse en abono: faltaban dos días para las lluvias y ya se habían quedado sin agua.

Miró hacia donde había ido su hermana. Sabía que no debía figonear mientras hacía sus necesidades, pero tenía miedo de que llegaran los espantapájaros y no se atrevía a meterle prisa. Se echó al suelo y reptó hacia allí con mucho cuidado de no hacer ruido.

A través del trigo dorado vio que Salvaje enterraba unos trapos cubiertos de sangre. Con el corazón encogido, reculó en la tierra a tiempo de ver cómo su hermana levantaba la vista hacia donde se encontraba.

Salvaje se subió los pantalones y atravesó el trigal hasta llegar al escondite. Misho estaba ahí, limpiando un chorretón en el cuello del abuelo.

—¿Qué hacías? —le gritó—. ¿No estarías espíandome?

—¿Quién, yo? —dijo el pequeño con voz afectada—. No...

A Misho nunca le había preocupado tanto nada en su corta vida como esa sangre, ¿estaría enferma o herida Salvaje? El concepto casi le hacía explotar la cabeza. Pero tenía todavía más miedo de que se enterara de que la había espionado.

—Está bien —dijo ella tras mirarle un rato en actitud suspicaz—. Pero tápate bien la cara y las manos, por Bob, ya sabes que nadie debe verte la piel.

—Sí, Salvaje, perdona —respondió aliviado mientras se ajustaba la máscara de tulu.

—Estás todo sucio —masculló antes de sacudirle la tierra—. Y ahora ayúdame con el abuelo, vamos.

Salvaje y Misho empujaron la carretilla hasta la zanja de trigo recién cosechado y empezaron a correr en dirección a la ciudad.

Una vez llegaron a la parte trasera del rebaño, se internaron en el trigal para adelantarlos. Debían tener mucho cuidado de permanecer en la zona de seguridad, a salvo de los espantapájaros. Cada cierto tiempo, Salvaje hacía parar a Misho y aguzaba el oído. Si le parecía escuchar su característico rumor por encima del ruido del rebaño y las inmensas ruedas de oruga, se acercaban hacia la ciudad. Si se encontraban con gente deambulando por el trigal, se alejaban.

A mediodía Salvaje se subió a la carretilla y observó la distancia que los separaba de la estructura cosechadora y la cúspi-

de de las torres, cada vez un poco más cerca. Calculó la trayectoria de la ciudad y asintió para sí.

—Aquí está bien, enano.

—¿Qué pasará si los Pastores de Ciudades lo encuentran?
—preguntó Misho mientras observaba al abuelo con aprensión.

—No quieras saberlo —respondió Salvaje, mirándolo de reojo.

—¿Por qué no les gusta que nadie les adelante? ¿Por qué tienen que ir siempre los primeros?

—Porque están pirados.

Misho siguió a Salvaje de vuelta al rebaño. Le dolían las piernas después de la larga carrera, aunque algo menos que otras veces. Además, le preocupaba dejar al abuelo en mitad del trigal, pero entendía que debían conseguir agua y comida, y tenía mucha hambre.

Pasaron tan cerca de los Nactop'medina que podían escuchar sus mantras matinales. Misho pidió a Salvaje que lo alzara para mirar cómo pastoreaban la ciudad, justo tras la estructura cosechadora. Tuvo que suplicarle, porque faltaba poco para el ciclo del girasol y pasaría mucho tiempo hasta que pudiera volver a verlos. Pero al final ella accedió.

De pie sobre sus hombros, asomó la cabeza por encima del trigal para observar con entusiasmo las hordas silenciosas cubiertas con burkas negras que marcaban su paso con grandes cayados. Ninguna otra tribu del rebaño tenía tantas armas de fuego; pudo contar tres desde su posición. Los gerifaltes sobresalían entre ellos, sentados con las piernas cruzadas en sus sillas de mimbre sobre enormes bueyes bamboleantes. Con sus cuerpos desnudos, reseco por el sol, llenos de escarificaciones y adornos de hueso clavados en la piel, cada uno cantaba su propio mantra tejiendo entre todos una melodía hipnótica.

Algún día, cuando fuera mayor, Misho también sería un Pastor de Ciudades y ya no tendría que preocuparse de que nadie viera su piel. Lo sabía con rotundidad, en lo más íntimo,

pero tuvo cuidado de no pensarlo muy fuerte para que Salvaje no se enterara.

Misho observaba el intenso tráfico aéreo mudo que despe-gaba y aterrizaba de la azotea de las altas torres. En el mercado de la Xo6, al traszardo de la ciudad, nadie más lo hacía. Para ellos era como si no existiera.

—Atento, enano —masculló Salvaje con exasperación.

Misho volvió a la realidad y escondió bajo sus harapos el paquete de pastillas de vegeleche deshidratada que su hermana le pasaba mientras la trapera estaba distraída con un cliente. Actuar una sola vez en cada puestomóvil, avanzar hasta perderlo de vista y detectar un vendedor distraído; esas eran las normas de Salvaje.

Los dos hermanos se movieron entre las carretas Che'guevarristas, una tribu con una religión castrense que auguraba la caída de las ciudades nómadas y su conquista por parte de los rebaños. A su alrededor se ofrecían frutos de la beneficencia a cambio de cualquier tipo de arma.

Después de rapiñar una culebra lista para asar en un colorido tenderete tirado por bueyes del culto al Santo Tripartito, Misho notó que su hermana le agarraba de la manga y lo em-potraba contra un telar teñido en aguas. Este cubría una mon-taña de cajas de mimbre con gallinas, que se agitaron, aletea-ron y cacarearon; nadie criaba macetarios como los tripartitos. Salvaje tapó la boca del pequeño con la mano y señaló a su izquierda. Tres médico-brujos Chombo Mchuuzi, traficantes de órganos, se paseaban con impunidad por el mercado, luciendo sus cuerpos desnudos, pintados de blanco y adornados con plu-mas, pieles, circuitos y placas madre. Misho asintió y la siguió en la dirección contraria, para colarse en la zona Betêmaster.

Salvaje arrastró a su hermanito a través de las mantas cu-biertas de tramoya basura, los cestos llenos de especias, moho de rueda, opio tripartito, crack y sintex-O, los mostradores de

ropa, comida y artesanías, y las guangas repletas de chatarra de contrabando hidráulico. Misho sabía que no debía hacerlo, su labor se reducía a apoyar a Salvaje, nunca llamar la atención. Pero el borde del papel de plastígeno asomaba por una ranura de la guanga y los traperos estaban ocupados con un grupo de tecnomantes. Cuando Salvaje le remolcaba junto al puestomóvil a motor, que apestaba a biocarburo y aceite quemado, su mano se alargó por sí sola, agarró el trozo de papel y lo escondió entre sus harapos.

—¡Alto, hijodeinvito! —Una mano fuerte como una zarpa de metal sujetó el hombro de Misho, cuyo estómago dio un vuelco.

Los dos hermanos se giraron para ver una enorme sonrisa y unas características gafas augment, que permitían espectros de visión más allá del alcance humano.

—¿Qué pasa aquí, JuanYon? Mi hermano no ha hecho nada, suéltalo.

Salvaje avanzó para interponerse entre ambos, pero JuanYon aflojó la correa de su hiena, Caracas, que se acercó a la niña mientras gruñía y le echaba su apestoso aliento sobre la cara. Conocía a la bestia desde que era cachorra y el Domador la había traído de las ruinas de la ciudad estática del pueblo Bêtemaster Madre, por las que el rebaño pasaba una vez cada Gran Ciclo. No tenía duda de que reventaría su cabeza de un mordisco al menor gesto de JuanYon.

Las gentes del pueblo Bêtemaster comenzaron a arremolinarse en torno a ellos y un traperero hizo amago de bajar del puestomóvil, enfadado. Pero JuanYon le señaló con su gavara de sumisión y le hizo volver a su sitio. Luego rascó la cabeza roñosa de Caracas, estirando sus ojos legañosos, y acarició su lomo cubierto de golpes y heridas purulentas por el roce de las cadenas y correas que siempre llevaba encima.

—¿Seguro que si lo registro no encontraré nada? —Salvaje le miró furiosa, en guardia—. Eso pensaba —añadió ensanchando aún más su sonrisa. Se giró hacia el resto de Domadores que les

observaban desde el carromato de mando e hizo ostentación de su musculoso cuerpo lleno de cicatrices de zarpazos—. Podéis quedároslo a cuenta mía, os lo truequeo por un beso.

Con una mano todavía sobre el hombro de Misho, JuanYon agarró el costado de Salvaje y la atrajo hacia sí. Cuando sus labios estaban a punto de tocarse, ella sacó un pincho de la manga y lo apoyó en su cuello.

—Adelante —dijo—. Aunque va a salirte un poco más caro.

Por un momento el silencio se adueñó del lugar. El pueblo Bêtemaster dejó de caminar, el trapero detuvo su puestomóvil, el chofer del carromato de mando tiró de las riendas de las mulas de carga, y el resto de Domadores y sus bestias se pusieron en tensión, listos para atacar.

—Deberías pensar en ingresar en una tribu, pequeña Salvaje —musitó JuanYon sin perder la sonrisa—, antes de que te hagas demasiado vieja. Ir por libre no es seguro.

—No necesito ninguna tribu —respondió ella señalando la gigantesca rueda de oruga Xoó—. Cuando sea mayor, seré escaladora. Saquearé tramoya basura y contrabandearé con la casta de mecaingenieros. Seré más rica y poderosa que todos vosotros juntos.

JuanYon rio a carcajadas y aulló al sol. El resto de Domadores le imitaron dando estruendosos golpes al carromato de mando. El pueblo Bêtemaster y el puestomóvil se pusieron de nuevo en movimiento.

—Juro que te culearé con tu primer sangrado lunar. Caracas lo olerá y me avisará en cuanto suceda —dijo con suavidad mientras rascaba la nuca de su hiena. Salvaje lo miró sin alterarse—. Puede que luego te busquemos alguna bestia para que la sometas y puedas darme auténticos hijos de Domador. Una cría de jabalí, tal vez —añadió con tono mordaz.

Soltó a ambos hermanos con un gran aspaviento y Salvaje arrastró a Misho fuera de allí. Al marcharse, el pequeño se giró hacia JuanYon, que se levantó las gafas augment y le guiñó un ojo. Misho sonrió bajo su máscara de harapos y le dijo adiós

con la mano, mientras él se reunía con el resto de Domadores, que rieron y le golpearon y se dejaron golpear.

Salvaje observó las ruedas y las patas de los animales que arrastraban la galera de humos, mientras Misho se chupaba la sangre del labio y se frotaba la mejilla dolorida e hinchada por el tortazo de su hermana. Pero le daba igual porque iban a visitar a Misionero y eso le provocaba un cosquilleo agradable en la tripa.

—Tú sígueme y no te pasará nada. No puedo estar cuidando siempre de ti, tienes que empezar a volverte ágil.

Misho asintió con resolución y ambos echaron a correr con la espalda encorvada, zigzagueando para no ser aplastados por las ruedas de todos los tamaños y materiales, o las bestias de carga. Sobre ellos, tablones y pasarelas de cuerda unían unos carros cubiertos por lonas de polímero de aceite con otros, para formar el gran fumadero en el que se reunían los yonquis con recursos del rebaño miseria. El humo de las cachimbas aprovechaba cada resquicio para ascender hacia la base de la ciudad, a cientos de brazos sobre sus cabezas.

Al llegar al hogarmóvil de Misionero, ajustaron su paso al lento movimiento y Salvaje golpeó en el suelo de proMadera™.

—Misionero, ¿estás ahí? Somos Salvaje y Misho, ¿podemos pasar?

Tras un breve momento en el que solo se oía el rechinar de las juntas de la galera y el mugir y relinchar de los animales de tiro, una voz apenas audible les llegó desde el otro lado de la lona.

—Adelante.

Ambos entraron a la penumbra del carro y se arrodillaron en la alfombra a una distancia prudencial de Misionero, que fumaba de una gran pipa de agua repantingado en un montón de cojines multicolores. Salvaje observó la tecnología que amueblaba el interior y se preguntó, no por primera vez, de dónde

sacaría Misionero aquellas cosas, cómo se las ingeniarian su familia o sus amigos para hacérselas llegar desde la ciudad. Misionero siempre consumía lo mejor, nada de esnifar pegamento o comer moho de rueda, solo resina de somango+, tabletas del sintex de moda o psicosisimuladores directamente enchufados en su implante cerebral.

—¿Qué tal están mis pequeños? ¿Habéis traído algo para mí? —les preguntó con la vista escapando a través de las pestañas para centrarse en las sombras sobre sus cabezas, y la voz melosa de los adictos a la resina.

—Hemos encontrado este papel —dijo Salvaje, tendiéndoselo—. Si es un manual de instrucciones, podría truequearlo con algún tecnomante y darte el diezmo del beneficio —le tanteó.

Misionero le echó un vistazo por encima, mientras se rasca- ba los indicios de hongo amarillo que tenía en el cuello, e hizo ademán de devolvérselo.

—Me temo que no vamos a tener esa suerte, pequeña. Solo es un poema.

—¿Qué es un poema? —dijo Misho.

—Mierda —masculló Salvaje—. Entonces puedes quedártelo, a mí no me sirve para nada y no quiero atraer la atención de ningún trapero. Levanta, enano, hoy toca beneficencia.

—Deja que se quede un rato para hacerme compañía —ofreció Misionero—. Seguro que podrás recopilar más cosas si no tienes que ocuparte de cuidarlo. ¿Quieres que te lea el poema, pequeño?

Misho asintió entusiasmado. Le gustaba mucho Misionero. Era alto y tenía la piel casi tan blanca como la suya, aunque su pelo fuera oscuro y sus ojos marrones.

Salvaje se mordió el labio inferior. Había prometido a madre que siempre cuidaría de Misho, antes de que se convirtiera en abono, pero Misionero llevaba razón y necesitaban agua con urgencia.

—Está bien, puedes quedarte. Pero ni se te ocurra moverte de aquí hasta que venga a buscarte, o te daré tal paliza que no podrás caminar derecho hasta que empiece el ciclo del girasol.

El rostro de Misho se iluminó de alegría, aunque nadie pudo verlo.

Todas las tribus del rebaño estaban representadas en el anillo de muchedumbre apelotonada que se había formado a la sombra de la ciudad. La expectación espesaba el aire, una mezcla de nervios, alegría, esperanza y violencia contenida a flor de piel. En primera fila, los representantes de cada una hacían ostentación de su fuerza para intimidar a sus rivales. Ahí estaba JuanYon con el resto de Domadores Bêtemaster, aullando y golpeándose unos a otros, con sus gavaras de sumisión chisporroteando electricidad y las correas de sus bestias aflojadas para que lanzaran dentelladas amenazadoras. También Pepsicó, líder de los sicarios doMotorCabeza, que entrechocaban sus motolanzas con el brío del moho de rueda y espuma chorreando de sus bocas tatuadas de negro, entre el rugido de los carburadores. Y la comandante Lina Camorra, en el centro de la formación de orden simétrico y mirada dura de los Che'guevarristas.

Detrás aguardaban los desposeídos, los parias sin tribu, las cucarachas que se agazapaban esperando su momento de matar o morir por las sobras. Salvaje los observaba por el rabillo del ojo, atenta a sus puñaladas traperas, pero proyectaba su voluntad hacia el círculo interno, más allá de la muralla de armas y espaldas: iba a conseguir agua.

Ruido de válvulas y pistones, y una compuerta se abrió en la base de la ciudad, muy por encima de ellos. Unas gruesas cintas hidráulicas comenzaron a bajar poco a poco la plataforma mientras las danzas rituales de amenaza se intensificaban; siempre andando, siempre en movimiento.

Una vez llegó al nivel de suelo, se hizo el silencio y una calma tramposa se extendió por el anillo humano. Un grupo de Nactop'medina se adelantó con sus armas de fuego en ristre, bendecidas por los gerifaltes y ornamentadas con plumas, cables, joyas, tuercas, pieles y engranajes. Seleccionaron con cui-

dato el diezmo correspondiente a los Pastores de Ciudades y se lo llevaron con la misma tranquilidad con que habían entrado.

Se desató el caos. Salvaje corrió, pisó en la espalda de un matasanos del Grandsrcé que se había encorvado sobre un paquete de lema válvulas quirúrgicas y saltó encima del gentío, arrastrándose sobre hombros y cabezas, impulsándose entre los cuerpos agresivos y sudorosos, hacia el centro del círculo con los frutos de beneficencia todavía sin reclamar. Cayó de medio lado encima de un saco bulboso y húmedo que clavó una garra flácida en su espalda. Rodó para escapar y se enredó con unos tentáculos viscosos, se arrastró hacia atrás y pataleó hasta liberarse. El doMotorCabeza sobre el que había caído tendió la mano para volver a alcanzarla, en vano; tenía el vientre rajado y los intestinos desparramados alrededor del tobillo de Salvaje.

Un pelotón de Che'guevarristas cruzó a su lado y Salvaje se escabulló sobre los diferentes artículos. Tropezó, gateó, dio una voltereta para esquivar a dos traperos de distinta tribu que peleaban a brazo partido y descubrió una pila de garrafas de agua. Se acercaba hacia ellas con una sonrisa en la cara cuando las vio a su izquierda: un par de Ribuk Salvation rojas. Miró alternativamente al agua y a las zapatillas. Los del Santo Tripartito tenían la creencia de que si los espantapájaros te convertían en abono con ellas puestas, Jesumahoma, Shiva y Bob Marley te abrían las puertas de la Ciudad del Cielo. Si las conseguía podría truequearlas por casi cualquier cosa, pasarían ciclos antes de que Misho y el abuelo volvieran a necesitar algo.

Se lanzó a por ellas, pero ese momento de duda fue su perdición. Una pécora gorda y vieja con solo cuatro dientes grisáceos y el rostro cubierto de arañazos frescos cogió la derecha mientras ella se hacía con la izquierda. Cada una tiró, tratando de adueñarse de la otra, antes de que la mujer le lanzara un navajazo que Salvaje esquivó por poco. El nudo que ataba a ambas por los cordones se soltó y Salvaje se escabulló entre la multitud, perseguida por la pécora. Se tiró al suelo y se arrastró entre las piernas que amenazaban con aplastarla. Pasó junto a

un niño de su edad pisoteado, que la miró con los ojos vacíos del abono.

Una vez logró alejarse de la aglomeración, se incorporó y miró a su alrededor. No se veía a la vieja por ningún lado. Buscó el agua con la vista pero ya la habían reclamado. La lucha menguaba, apenas se limitaba a los parias que se disputaban los restos abandonados entre los montones de artículos recopilados y defendidos por las tribus.

Se colgó la Ribuk Salvation al cuello con fastidio y la escondió bajo la ropa. Sola no valía para nada, aunque ya se encargaría de conseguir la pareja.

—Costra puta —masculló, antes de dirigirse a la galera de humos para recoger a Misho.

—Por donde cruza errante la sombra de Caín —repitió Misho en un susurro.

—¿Te ha gustado, pequeño? —preguntó Misionero entre caladas con su voz suave y pegajosa.

—Sí. Aunque no he entendido algunas cosas.

—Es un poema muy antiguo. De cuando había pinares, robleados y bosques con toda clase de árboles, donde ahora solo hay plantaciones en hileras equidistantes con el tamaño idóneo para alcanzar la eficiencia productiva.

—¿Qué son los árboles?

—Unas plantas similares a las parras del ciclo de las viñas, solo que más compactas. Si te mudas de rebaño durante el próximo acoplamiento de ciudades, cuando Behemot 5.0 y Pantagrúel 3.2 converjan, podrás vivir un ciclo de naranjos y otro de castaños.

Puede que Misho no supiera muchas cosas, pero sí sabía reconocer las divagaciones de los adictos al somango+, cómo pasaban de un tema a otro a través de asociaciones que solo estaban en sus mentes. Si pulsabas los botones adecuados, podías pasarte horas escuchando las palabras bonitas de Misionero.

—¿Y cómo cosechaban las ciudades?

—Las ciudades eran estáticas, pequeño, como esas ruinas con una atalaya enorme en la que las tribus celebran el borrokalarre, sus juegos del juicio. El mundo era distinto, entonces. El cielo se cubría de una sustancia negra llamada polución, y también los ríos y lagos, que eran como canales y abrevaderos naturales. Las condiciones atmosféricas eran totalmente aleatorias, no había manera de alterarlas. La ciudad no era el punto de referencia absoluto del rebaño miseria y las direcciones ante, tras, zurdo y diestro no existían, solo el norte, sur, este y oeste, como aún se les conoce en el mundo civilizado. Los cultivos eran mucho más pequeños porque solo se utilizaban para obtener comida, no como hoy en día, que originan la materia prima de prácticamente todo, desde el plástigeno a las degrabateris. Dependían de cosas como la propiedad de la tierra y los precios de mercado, en vez de las fórmulas geoatmosféricas de la física agrónoma. Las plantas también eran más chiquitas, cada una diferente del resto. Se reproducían unas a otras en lugar de replicarse a partir de un patrón genético óptimo de laboratorio. Incluso se podían comer los frutos directamente de la planta.

—No puede ser... —farfulló Misho con los ojos como ruedas.

—Sí, pequeño —dijo Misionero entre carcajadas coronadas por el humo de la cachimba—. ¿Nunca te has preguntado por qué las uvas 294dek# de la beneficencia son comestibles mientras que las del ciclo de las viñas son venenosas?

Por supuesto que no se lo había preguntado nunca. Habría sido como cuestionarse por qué el cielo era azul en lugar de rosa.

—Hasta el alimento necesita ser procesado. Hay tanto que desconocéis aquí abajo, un mundo entero de maravillas más allá de las ciudades cosechadora. Hay ciudades mina, ciudades pesqueras... todo tipo de ciudades trashumantes sembrando, recolectando y manufacturando en un Gran Ciclo de eficiencia eterno que engloba sus distintos ciclos productivos. En este pla-

neta casi ya no queda nada que no haya sido transformado por el hombre en un medioambiente perfecto, ordenado y aséptico, nada que sea auténtico. Con la posible salvedad de las ruinas del pasado, los rebaños miseria... —El sopor de la resina de somango+ hacía mella en Misionero, que se iba quedando dormido—. Por eso descendí de las azoteas brillantes a revolcarme en la mierda con vosotros, por eso enterré mi antiguo nombre para dejarlo atrás y me bauticé a mí mismo según vuestras costumbres, igual que tu hermana. En el fondo, a pesar de todo... vosotros sois los afortunados.

Dijo estas últimas palabras tan bajito que Misho tuvo que acercarse al oído. Sus párpados se cerraron y comenzó a respirar con firmeza. Misho lo miró sin moverse para no hacer ruido. Parecía en paz.

—Misionero, soy Catulo —llegó una voz del exterior.

—¿Cómo...? Sí, pasa.

Misionero se restregó los ojos con fuerza mientras Catulo entraba. Se trataba de un trapero independiente con importantes vínculos comerciales con los escaladores. Poco después de que Salvaje se marchara a la beneficencia, Misionero había mandado a un chiquillo algo mayor que Misho a buscarlo.

—Pequeño, por favor, enséñale tu cara al buen Catulo.

Misho se paralizó de terror. En toda su vida no había enseñado su rostro a nadie que no fuera de su familia.

—Vamos, está bien, no pasará nada. Si lo haces, te dejaré probar el nuevo psicossimulador que me trae Catulo —dijo, asintiendo hacia él.

Catulo dudó pero sacó el dispositivo de entre sus ropajes, sobrios aunque más limpios y menos estropeados que los de cualquier habitante del rebaño.

—¿Ves? Ni siquiera te hace falta un implante cerebral, por aquí tengo un enlazador neuronal —insistió Misionero, mientras revolvió entre sus cosas hasta encontrarlo.

Misho miró al enlazador neuronal y al psicossimulador, paladeó su boca seca y, poco a poco, comenzó a desenrollar

los harapos de tulu que cubrían su rostro. Cuando su cabello blanco y sus ojos violetas de pupilas rojizas quedaron al descubierto, estaba tan asustado que su corazón quería escaparse del pecho.

Catulo lo observó un rato con atención. Después asintió a Misionero, le dio el dispositivo y salió de su hogarmóvil sin decir palabra.

—¿A que no ha sido tan terrible? —dijo Misionero con una sonrisa.

Misho volvió a cubrirse con rapidez. Se sentía aliviado y extrañado de que ninguna desgracia hubiese ocurrido, a pesar de las cosas terribles que Salvaje, mamá y el abuelo, antes de perder el habla, le habían dicho desde que tenía memoria. Luego cogió con manos ansiosas el enlazador neuronal que Misionero le ofrecía.

A Salvaje le costó separar a Misho del psicossimulador, pero hay pocas tonterías que un tortazo bien dado no solucione. Anochecía y ya era hora de regresar con el abuelo.

Atravesaron el trigal color cobre a la luz del ocaso. Cada cierto tiempo se detenían y cambiaban de dirección para asegurarse de que nadie les seguía y no había ningún espantapájaros al acecho. Salvaje manoseaba la Ribuk Salvation y las pastillas de vegeleche deshidratada. No les servirían de nada si no conseguían agua pronto, pero al menos tenían la culebra. Unas pequeñas brasas y cenarían de lujo aquella noche.

—Salvaje.

—¿Qué?

—¿Por qué cuando Bob y los otros dioses de la ingeniería planetaria crearon las ciudades se las dieron a los ciudadanos? ¿Por qué no a nosotros?

Salvaje lo miró con gesto hosco y, por un momento, Misho creyó que iba a reñirle de nuevo. Pero luego pareció pensárselo mejor y volvió la vista al frente.

—No se las dieron —musitó con voz extraña—. Ellos se las quedaron. Y nos dejaron fuera.

—Pero ¿por qué...?

Misho casi chocó con su hermana cuando esta se detuvo de golpe. Su cabeza estaba agotada después de tanto rato conectada al psic simulador.

—¿Qué pasa? —protestó, con ganas de sentarse.

—El abuelo —masculló Salvaje con voz alterada—. Se suponía que estaba aquí.

Ante ellos solo había un hueco de espigas aplastadas del tamaño de la carretilla. Salvaje apretó a Misho contra su espalda, echó a andar de vuelta hacia la ciudad y giró sobre sí misma con los sentidos alerta. Algo se movía a su alrededor en el trigal. Y no se trataba de ningún espantapájaros.

Salvaje se arrodilló y susurró al oído del pequeño.

—Misho, quiero que me des la mano muy fuerte y que corras todo lo que puedas, ¿vale? No te sueltes.

Él asintió y ambos escaparon en dirección a las altas torres. Misho sabía que aquello era culpa suya, pero no se atrevía a contárselo a Salvaje. No debería haber mostrado su piel, no debería...

Una sombra pálida surgió del trigal para arrojarse sobre Salvaje y sus manos se separaron. Misho llamó a su hermana y la buscó entre las altas espigas, pero el sol se había escondido y cada vez se hacía más de noche.

Sintió un fuerte dolor en la cabeza y todo se volvió negro.

Unos hermosos cánticos despertaron a Misho, y una titilante luz dorada hirió sus córneas acostumbradas a mirar el mundo a través del tulu. Unas siluetas blancas se pasearon por su campo de visión hasta convertirse en tres Chombo Mchuuzi con el rostro cubierto por mascarillas litúrgicas de celulosa.

Por el leve bamboleo, debían estar en el interior de una carroza. Afuera era de noche, pero unos faroles de fosforina iluminaban la estancia.

Misho gimió. A su izquierda había visto las cámaras frigoríficas que los médico-brujos usaban para conservar los órganos con los que contrabandeaban, a través de la casta de mecaingenieros y gente bien posicionada como Catulo, con los habitantes ricos y desesperados de la ciudad. A su derecha había una colección de manos, pies, orejas, penes, testículos... pedazos de albino disecados y dispuestos en baldas, que los médico-brujos usaban para truequear en el rebaño miseria a cambio de sus ritos y amuletos mágicos de sanación, maldición, fertilidad, virilidad... Todo era aprovechable, reciclable, nada se desperdiciaba con los Chombo Mchuuzi.

Misho estaba tendido sobre una camilla de plástigeno, con las manos y los pies atados con correas, el cuerpo en forma de equis. Los traficantes de órganos realizaban su ceremonia quirúrgica, entonaban los salmos y realizaban los movimientos rituales, esterilizaban y preparaban el equipo clínico. Pero lo peor era que estaba desnudo. Podían ver su piel y su pelo blancos como la leche de vaca tripartita, sus ojos de un violeta crepuscular. Mamá, el abuelo y Salvaje tenía razón, algo malo iba a suceder.

Uno de ellos le pinchó con una jeringa en el cuello y su cuerpo quedó inmóvil. Solo podía mover los ojos, aunque seguía despierto. Otro acercó su cuerpo desnudo y pintado de blanco acetato esterilizador. Una pizca de polvo cayó de su antebrazo y se le metió en un ojo, provocándole una horrible quemazón.

Misho trató de girar la vista escocida hacia el portón de la carroza. En cualquier momento Salvaje entraría, puede que acompañada de JuanYon y su hiena. Caracas hincaría sus dientes en la carne de los médico-brujos y trituraría sus huesos, JuanYon los electrocutaría y reventaría sus cráneos con la gavara de sumisión, Salvaje los destriparía con su pincho sin piedad.

El Chombo Mchuuzi hizo entrechocar los circuitos y placas madre que adornaban su cuerpo mientras cantaba cada vez más fuerte y sacaba un bisturí con una pluma y empuñadura de

piel de serpiente. Su pulso firme se acoplaba al ligero vaivén de la peregrinación eterna a la perfección.

Solo era cuestión de tiempo. Aquellos malnacidos no conocían a su hermana, ella lo sacaría de ahí.